

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA



¡SI YO FUERA REINA!

FOR
ETHEL CLAYTON, WARNER BAXTER, ETC.

N.º 123

30 cts.



RUGGLES, Wesley

La Novela Femenina Cinematográfica

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Via Layetana, 12 - Teléfono 4423 A - Barcelona

Año III

N.º 123

¡SI YO FUERA REINA!

(IF I WERE QUEEN, 1922)

Adaptación de la obra de VERNET RABELL

interpretada por los célebres artistas

Ethel Clayton, Warner Baxter, etc.

Producción R. C. PICTURES

EXCLUSIVA DE

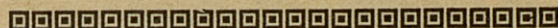
L. GAUMONT

Paseo de Gracia, 66. - BARCELONA

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

J. Horta, impresor - Cortes, 719.-Barcelona



¡SI YO FUERA REINA!

Argumento de la película



En París, en un hotel de moda, se alojaba la princesa Berta de Oluf, soberana de Kosnia, un diminuto estado que se dormía a la sombra de los Balkanes.

Raquel Dowly, una encantadora muchacha americana, unida a la princesa por los sólidos lazos de la simpatía y de una amistad nacida mientras soñaron y estudiaron juntas en un aristocrático pensionado de Francia, no se separaba un instante de Berta de Oluf, constituyendo para la joven princesa el mayor atractivo de su viaje.

—Me estoy quedando sin vista de buscar tu pequeñísimo principado, querida mía — exclamó graciosamente Raquel, levantando la

cabeza de la carta geográfica que estaba examinando en el regio departamento que su amiga ocupaba en el hotel.

—Verdaderamente — repuso sonriendo gravemente la princesa —, es pequeño en el mapa... Pero cuando pienso que el destino de un pueblo, aunque sea un pueblo tan diminuto como Kosnia, está en mis manos, me parece que llevo sobre los hombros una carga demasiado pesada.

La princesa suspiró y cayó por un momento en la profundidad de sus pensamientos. Luego, acariciando la rubia cabeza de su amiga, exclamó:

—¡Mañana ya quizás nos separaremos para siempre, Raquel!... ¡Oh, si al menos tuviese yo tu resolución, tu intrepidez en la hora del peligro!...

Berta hizo una breve pausa, durante la cual pasó por su recuerdo una escena importante que se había desarrollado aquella misma mañana, y de la cual ella y Raquel habían sido las principales protagonistas

—Me viene ahora a la memoria — continuó conmovida — cuando, hace poco, en el bosque, al desbocarse mi caballo, tú, mi querida Raquel, te has precipitado, galopando en el tuyo, a través de todos los obstáculos siguiendo la desesperada carrera en que mi cabalgadura me arrastraba. ¡Y qué arrojo, qué audacia y serenidad has tenido al saltar de tu caballo agarrándote desesperadamente al mío al

punto en que éste iba a despeñarse conmigo en aquel terrible precipicio!

La princesa ofreció un homenaje de silencio a la evocación de aquel culminante y reciente momento de su vida.

—Fué entonces, Raquel, cuando descubrí en ti a una verdadera amiga bajo tu máscara de alegría y de frivolidad...

Raquel, también emocionada y un poco confusa por las entusiastas palabras de Berta, se abrazó a su cuello. La princesa la estrechó fuertemente contra su pecho, y desprendiéndose de un medallón que colgaba de su cuello, rodeó con él el de Raquel, diciendo:

—Tengo un recuerdo para ti, un recuerdo de amiga... el "Sello de la Lealtad"... El mayor honor que mi país puede otorgar a un extranjero. Acéptalo en prueba de mi cariño y de mi gratitud. Que este sello sea el lazo que una nuestras almas en la ausencia.

Raquel abrazó de nuevo a Berta y le dijo:

—Tú eres lo más querido para mí... Yo te juro que ningún poder humano logrará sujetarme si algún día me necesitas.

En los jardines del hotel unos melancólicos *tziganes* llenaban las frondas y los largos paseos bañados de luna con la canción maravillosa de sus violines.

—París está esta noche más encantador que nunca — suspiró la princesa de Kosnia.

Raquel besó a su amiga, diciendo:

—No me parecerá tan bello cuando tú te hayas marchado, Berta...

—Mucho te echaré de menos yo también, Raquel...

Ambas amigas se abrazaron por última vez, despidiéndose, y Berta de Oluf partió...

Raquel se acercó al gran ventanal que miraba al parque, abrió las vidrieras y se asomó a la noche ideal de músicas y de luna, de nostalgias y de flores.

Y como evocado por los sollozos del violín romántico, por el perfume enervante del jardín y por el ensueño de la noche, se presentó el Caballero de los Sueños, el príncipe encantador de los sueños de hadas.

Raquel lo vio desde su ventanal, paseándose por la gran avenida solitaria, noctámbulo de etiqueta y de aires aristocráticos: príncipe aventurero o ladrón de guante blanco. Y al asomarse el medallón que Berta de Oluf le había puesto, cayósele del cuello y fué rodando a los pies del desconocido.

—¡Oh, mi *pendentif*!... ¡Señor, si es usted tan amable!... —rogó Raquel entre consternada y encantada.

El joven elegante alzó la cabeza y preguntó, descubriéndose galantemente:

—¿Dónde está, señorita?

—Por ahí, en el suelo... No creo que haya quedado suspendido del aire...

El caballero se inclinó y, efectivamente, recogió del suelo el medallón de la joven. Y a

la luz de un voltaico, el desconocido reconoció la insignia y ante ella recordó lo que en el torbellino de París había acabado por olvidar: que era el príncipe Vladimiro, soberano del país de Prebiloff, contiguo a Kosnia y aliado poderoso del débil principado.

—¡Ya lo tengo! —exclamó el caballero, mostrando su joya a Raquel, creyéndola la misma princesa de Kosnia, al saberla propietaria de aquella insignia perteneciente a la soberana del país vecino, a la que nunca había visto.

Y ágil como un gato el príncipe Vladimiro, maravillado por la incidencia novelesca que le ponía en relación con su vecina, se encastró por los muros y se sentó en la baranda del balcón, después de ofrecer con un saludo su medallón a la joven.

Esta saludó a su vez y dijo, retirándose:

—Un millón de gracias, *monsieur*, y buenas noches.

—¿Tan pronto se priva su alteza de la maravilla de esta noche?

Sorprendida ante el tratamiento que le daba el desconocido, Raquel adoptó un aire majestuoso y replicó graciosamente:

—Puesto que se empeña usted en suponer me realeza, mucho mejor, caballero. Uso de mis prerrogativas, y le despidó... regimiento.

Y en la noche recogida y azul, el violón seguía doliéndose en una melodía dulcísima, que ponía un romántico comentario a la comedia

gentil que un príncipe balcánico y una *girl* americana se complacían en representar.

—Señora — imploró Vladimiro, sinceramente impresionado por la belleza de la princesa tan casualmente revelada—; en este minuto de belleza, olvide que es reina para pensar solamente en que es mujer...

—No insista, caballero. Es preciso que se retire.

—Aunque quisiera obedecerla no podría, porque estoy preso en una red de ensueños, de poesía...

Raquel, digna y altiva, se dispuso a penetrar en sus habitaciones.

—¿Y nunca más nos volveremos a ver, señora?

—¡Nunca!

—¡Nunca! ¡Qué castigo tan cruel me impone su alteza!

—Adiós, caballero...

—*Au revoir*..., mi princesa! — saludó esperanzadamente el príncipe al saltar del balcón para marcharse.

Rompió el sol de la mañana siguiente el hilo maravilloso de los sueños, y el príncipe Vladimiro, convencido de que había hablado con la princesa Berta de Oluf, se encontró ante la prosa de la vida cotidiana.

Tendido indolentemente en una poltrona, en sus departamentos del hotel, el príncipe leía la prensa del día, cuando sus ojos se detuvieron en un suelto que publicaba un gran rota-

tivo: *Se dice que Berta de Kosnia contraerá matrimonio con Gregorio de Masavania. El príncipe de Prebiloff se opone a esta boda.*

Vladimiro sonrió con satisfacción y continuó leyendo: *La alianza existente entre los tres países limítrofes, Kosnia, Prebiloff y Masavania, no permite que se concierten separadamente nuevas alianzas entre dos de los países mencionados sin consentimiento del tercero, y esto puede ser un obstáculo a la realización del matrimonio de ambos príncipes. La princesa de Kosnia, Berta de Oluf, que ha permanecido algún tiempo en París, emprenderá hoy el regreso a su patria.*

Vladimiro acabó de afirmarse, al terminar la lectura del periódico, en su suposición de que era realmente con su vecina la princesa Berta de Kosnia con quien había tenido la noche anterior aquella romántica entrevista, y prendido ya en el encanto de la bella desconocida, se decidió a abandonarlo todo para seguirla. Ahora más que nunca se oponía Vladimiro de Prebiloff a la alianza proyectada entre Masavania y Kosnia. ¿Por qué esta alianza no había de efectuarse entre Kosnia y Prebiloff? Y ordenó a su ayuda de cámara:

—Prepara el equipaje, Sergio. Mañana saldremos hacia Prebiloff.

En el castillo de Karelliffe, en Kosnia, residencia favorita de la princesa Berta, que espera convertirla pronto en escenario de su boda y de su luna de miel, la soberana de Kosnia

se paseaba con el príncipe Gregorio de Masavania, su prometido, cuyo matrimonio con ella estaba inspirado no solamente en razones de Estado, sino también en más poderosas razones de amor.

—Gregorio querido... ¿por qué hemos de respetar viejas tradiciones que no están en nuestro carácter, esperando para unir nuestras voluntades, el permiso del príncipe Vladimiro? — gimió Berta de Oluf, reclinando su cabeza en el hombro robusto y noble de su amado.

—El príncipe Vladimiro no consentirá jamás en una nueva alianza entre Kosnia y Masavania, Berta... Los términos del tratado son absolutos.

Berta quedó un momento entristecida, mientras paseaba lánguidamente por los fastuosos parques del castillo, apoyada en el brazo del príncipe Gregorio. Pero animándose de pronto, Berta explicó:

—Por fortuna, ya he escrito a mi amiga Raquel Dowly... Ella, con su ingenio y su resolución encontrará el modo de hacer cambiar de criterio a nuestro vecino.

Entretanto, en París, Raquel había recibido la carta de la princesa, y en su ansiedad por acudir a su llamamiento, no se resignó a esperar en la frontera un tren en condiciones confortables, y decididamente se metió en un fementido vagón de tercera clase, acompañada de la excelente señora Dowly, su tía, que

sólo por cariño a su endiablada sobrina, soportaba aquel viaje que representaba para ella un penoso calvario.

Una vez instalada en los duros asientos del vagón, atiborrado de pasajeros charlatanes, malolientes y comilones, Raquel releyó la carta de su amiga: *...Aparentemente, el porvenir de Kosnia ganaría mucho si yo me casase con el príncipe Vladimiro... Pero ya te lo explicaré todo detenidamente cuando vengas. Lo único que te pido es que no me hagas esperar mucho. Mil besos de tu amiga, Berta de Oluf.*

El tren volaba a través del árido paisaje, y mientras la buena señora Dowly se defendía trabajosamente con sus impertinentes de los efusivos asedios del pasaje de tercera, recogiendo su abundante humanidad para evitar su contacto, Raquel sonreía a sus pensamientos, anhelando hallarse pronto al lado de Berta para prestarle su ayuda.

De pronto, una enorme sacudida hizo vacilar todos los objetos del vagón y puso el espanto en todos los viajeros. Inmediatamente el tren emprendió una velocidad vertiginosa y sin rumbo.

Los pobres pasajeros lanzaban gritos de horror viéndose arrastrados a la catástrofe. La señora Dowly se había abrazado desesperadamente a su sobrina, que era la única que conservaba una serenidad contrariada.

Un empleado, intentando un recurso supremo para salvar a los viajeros, antes de que

la rápida pendiente que se aproximaba inutilizase por completo los frenos, gritó:

—¡Salten todos afuera! ¡No hay tiempo que perder! ¡un minuto más y será demasiado tarde!

Se abrieron las portezuelas, y los pasajeros, obedeciendo, azarados, se lanzaron a la posibilidad de salvarse, echándose al suelo.

Por fortuna, aparte de algunas lesiones sin importancia, no ocurrió ninguna desgracia. Y cuando el tren, furioso, desbocado, hubo desaparecido como un relámpago negro, quedaron en una llanura desierta todos los viajeros, lamentándose y desesperándose.

La señora Dowly no era de las más conformadas, y se quejaba amargamente del contratiempo y de la caída.

Raquel se acercó a un grupo en que advirtió a un señor correctamente vestido, de aire francés, y le preguntó:

—¿No sabe usted, *monsieur*, si por aquí encontraríamos algún garage?

El caballero se volvió y repuso desoladamente:

—Estamos en un país atrasado, señorita, adonde no han llegado todavía muchas ventajas de la civilización.

Estas palabras acabaron de aterrorizar a la señora Dowly.

—No te apures, tía — consoló animadamente Raquel—, ya llegaremos a Kareliffe más tarde o más temprano.

Después, volviendo la cabeza y viendo no muy lejos unos carros, Raquel se dirigió de nuevo al caballero a quien había interrogado anteriormente, diciéndole:

—¿Conoce usted, *monsieur*, a los conductores de estos carros?

Un hombre de cala catadura se acercó.

—Soy yo, señorita. ¿Qué desea?

—Condúzcanos a Kareliffe en seguida — pidió la joven.

—¡Oh, eso es imposible! ¡Está demasiado lejos!

—¡Yo le daré a usted todo el dinero que quiera!... — insistió Raquel.

La codicia convenció al carretero, que preparó en seguida su carro, dirigiéndolo hacia el lejano castillo de Kosnia.

Y así, día y noche, avanzaron por caminos desiertos, en una marcha fatigosa e interminable.

La señora Dowly exclamaba, angustiada y rendida:

—La verdad, Raquel, si en París llegas a decirme que tenía que hacer este viajecito para visitar a una princesa, palabra que renuncio a tanto honor.

—Te quejas de vicio, tía — respondía alegremente Raquel, disimulando su propio cansancio y la poca confianza que le inspiraba su conductor—. ¡Si aquí se va casi igual que en un *Rolls*!

Después de unas cuantas horas más de ca-

mino, el carretero volvióse de súbito, y amenazando a las dos mujeres, rugió:

—¡Venga el dinero! ¡¡Pronto!!

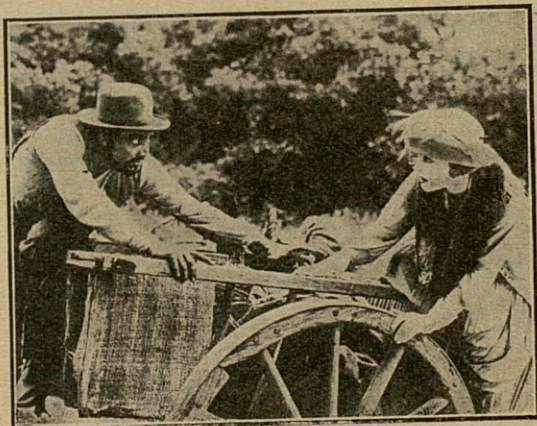
Raquel, sorprendida, quitó el dinero que su tía se disponía a entregar al bandido y lo arrojó encima de unos fardos del carro. El hombre se arrojó a recogerlos y su breve descuido fué aprovechado por Raquel, que le dió un tremendo empujón, echándolo del carro. Cogió ella inmediatamente las riendas de los caballos y los hizo correr, dejando al carretero en el camino. Pero éste se levantó prestamente y saltando en el carruaje golpeó con una pistola la cabeza de Raquel, que cayó tendida sin conocimiento en medio del camino.

La señora Dowly, sacando fuerzas de su desesperación se debatía con el carretero, hasta que los caballos, excitados por el movimiento de la pelea, echaron a correr, dejando un pedazo de carro con el hombre asombrado y maldiciendo, y llevándose en otro trozo con dos ruedas a la señora Dowly, que huía del bandido.

Este no quería perder sus caballos ni el dinero que había quedado con la señora Dowly, que se le escapaba, y corrió perdidamente tras ella. Pero las cabalgaduras, aligeradas y súbitamente animadas, volaban por el bosque, y el pobre ladrón hubo de caer rendido en la carretera.

Mientras tanto, el automóvil del príncipe Vladimiro, que le conducía a su reino, se de-

tenía en mitad del camino, ante el cuerpo inánime de una mujer. Descendió rápidamente Vladimiro, y tomando en sus brazos el cuerpo de aquella joven, hubo de lanzar una asombrada exclamación de júbilo al reconocer en



—¡Venga el dinero! ¡¡Pronto!!

ella a la encantadora princesa cuyo insigne medallón había recogido en París aquella noche, y tras cuyas huellas corría.

—¡Mi princesa! — gritó.

Y depositándola cuidadosamente en su coche partió loco de felicidad hacia Prebiloff.

Unas horas después, en su palacio, Vladimiro se entrevistaba con el duque de Wortz, regente de Prebiloff durante la ausencia del príncipe, mientras en una de las habitaciones de la mansión real, Raquel volvía lentamente a la vida.

Abrió los ojos la joven y creyó soñar todavía. ¿Dónde estaba? ¿Qué era aquel palacio suntuoso y magnífico, y quién había cubierto su cuerpo con aquellas sedas y encajes?

Cerca de su rostro, Raquel contempló el de la hermana Laura, una monja suave y angelica que era algo insustituible en el palacio.

—¿Quiere usted decirme dónde estoy? — preguntó la joven a la religiosa.

Esta sonrió dulcemente.

—Mis vestidos. ¿Me hace el favor? Debo continuar mi viaje sin pérdida de tiempo — dijo Raquel.

La hermana Laura volvió al poco rato con unos trajes preciosos, del último corte de París, que depositó encima de la cama.

—¡Petro estos vestidos no son los míos!

—Tengo orden de suplicarle que los acepte por el momento, alteza... Son de la hermana del príncipe.

Raquel creyó comprender:

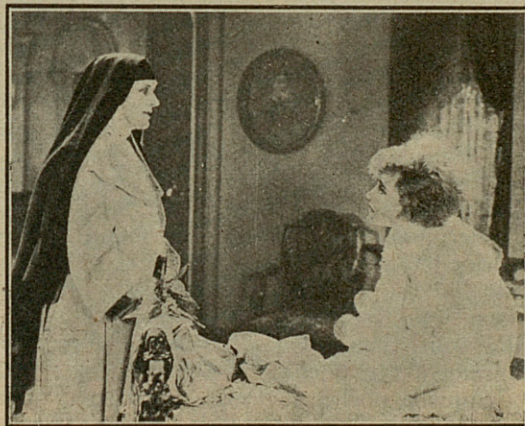
—¡Pero si aquí hay una equivocación lamentable! Deseo ver al príncipe inmediatamente.

Abajo, Vladimiro había referido su aventura al regente, y éste declaraba firmemente:

—Mi parecer, señor, es que la princesa Berta sea enviada al instante a su castillo de Kareliffe.

—¿Por qué, duque?

—Porque el deseo de su padre, alteza, era



—*¡Pero esos vestidos no son los míos!*

de que nunca se entablase amistad con ningún miembro de la familia reinante de Kosnia.

—Haré lo que yo juzgue conveniente — manifestó Vladimiro.

—¡Príncipe...!

—¡Duque — exclamó Vladimiro severamen-

te—, abusa usted de la autoridad que le conceden sus años y sus condecoraciones!

—¡Es que no puedo ver impasible cómo su alteza desprecia un deseo de su padre!

Vladimiro, aconsejado solamente por su amor, se preparó para recibir a la que él creía princesa de Kosnia, y se dirigió a sus habitaciones con una escolta de oficiales.

Raquel, agradablemente sorprendida al reconocer en aquel joven que se inclinaba ante ella en aquel castillo, a su desconocido de aquella noche de París, dijo:

—No esperaba encontrarle aquí, *mon-sieur*...

—Permitame usted que me presente... Soy el príncipe Vladimiro de Prebiloff.

—¡Oh, es preciso que yo le hable, señor! — exclamó Raquel.

Pasaron a un salón y la joven americana, francamente, explicó:

—Aquella noche, en París, usted sufrió una equivocación... Yo no soy la princesa Berta, sino su compañera de colegio Raquel Dowly...

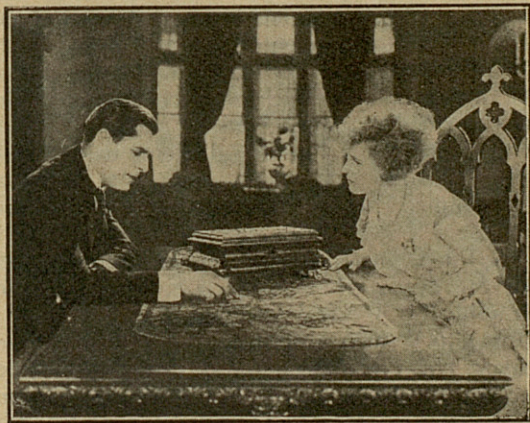
E inmediatamente relató al príncipe sus aventuras por reunirse con su amiga que lo llamaba a su lado. Pero Vladimiro sonreía comprensivo y seguro.

—¿No me cree usted, príncipe? — preguntó Raquel, indignada.

—Creo simplemente que ha inventado usted una mentira... deliciosa, eso sí; como todo lo suyo.

—Le suplico que me envíe a Kareliffe sin pérdida de tiempo — rogó ella cada vez más enfurecida.

Un estrépito les hizo asomarse al ventanal.



—¿No me cree usted, príncipe?

Por la llanura avanzaba una avalancha de agua turbulenta.

—¡Es la inundación! ¡Ha debido romperse la presa! — exclamó Vladimiro.

—Vuelvo a mi petición — insistió Raquel, imperturbable—; debo ir a reunirme en seguida con la princesa...

—¡De ningún modo, alteza! Es usted demasiado bonita y demasiado frágil para exponerla a la furia de los elementos... Será mi prisionera al menos por ahora. No lo tome como una imposición. Mi único deseo es llegar a consolidar, en unas horas o en unos días, nuestra amistad naciente.

—¿Pero cómo voy yo a confiar en la amistad de un hombre que me hace la ofensa de no creerme y que encima me retiene prisionera, contra mi voluntad? ¡Déjeme usted! Deseo estar sola.

Vladimiro se inclinó gravemente y pronunció:

—¡Puede usted estar segura, señora, de que su deseo de soledad será estrictamente cumplido!

En aquellos instantes, Berta de Oluf que se hallaba con Gregorio de Masavania en una de las azoteas de su castillo de Kareliffe, vió un fragmento de carricoche, tirado por dos caballos reventados que conducía una obesa señora medio desarrapada.

—¡Calla! ¡Si es la tía de Raquel! — exclamó entre alegre y sorprendida, Berta.

Bajó en seguida a recibirla y la señora Dowly, después de haber referido sus desventuras, concluyó desalentada:

—...y de todas estas peripecias, sólo conservo dos hechos seguros: que estoy completamente muerta y que mi pobre sobrina ha desaparecido.

Berta, trastornada, ordenó:

—¡Capitán Janesc! ¡Envíe soldados a buscar a la señorita Dowly! ¡Debe ser encontrada inmediatamente!

—Me permito hacer observar a su alteza que la exploración será difícil, pues el valle está casi inundado y se han caído casi todos los alambres del telégrafo.

Mientras tanto, en su prisión, Raquel empezaba a encontrar demasiado aburrida la soledad que había deseado. Y vagando por las grandes salas del palacio solitario, se encontró frente al despacho del duque de Wortz que se hallaba preparando unos papeles. Separáronse entonces unas policromas vidrieras y apareció un oficial que dijo:

—Señor, el paso bajo del río está ya seco.

Y ambos hombres desaparecieron por aquella puerta secreta.

Raquel había descubierto el camino que conducía a la libertad, y ya sólo esperaba una ocasión para escaparse.

Raquel halló a la hermana Laura plegando un uniforme.

—¡Qué bonito! — exclamó la muchacha.

—¿Quiere verlo su alteza?

Atravesaron las enormes dependencias del palacio y en una sala de armas, la hermana Laura abrió un armario y mostró a Raquel los uniformes del príncipe Vladimiro que se guardaban en su interior.

Cuando la monja hubo cerrado el armario,

Raquel se fijó en un retrato del príncipe, que adornaba una de las paredes. La hermana Laura, deseosa de atender en todo a la huésped de su príncipe, indicó:

—En la sala de música está el mejor retrato de Vladimiro.

Fueron. Raquel ambuló lentamente por el vetusto y solemne salón, y la religiosa la abandonó a sus ensañaciones.

Al saberse sola, Raquel alzó la cabeza hacia el retrato de Vladimiro en traje de corte y le sonrió. Y llevada de su juventud y de la soledad, empezó a trenzar, ante el cuadro, una danza gentil interrumpida por graciosas reverencias al retrato del príncipe.

Este apareció de pronto en la baranda de una escalinata, contemplándola. Raquel lo miró desdeñosamente unos instantes y reanudó indiferente su baile.

—¿Quiere usted que baje, y bailaremos juntos? — preguntó Vladimiro, sonriente.

Raquel aceptó. Y al cabo de unos segundos se hallaba entre los brazos del príncipe, siguiendo la cadencia de un tango que éste había puesto en una gramola.

Se detuvieron. Vladimiro murmuró:

—En esta soledad los dos, parecemos un Adán y una Eva modernos en un nuevo paraíso terrenal.

—Esto es la despedida, príncipe, ya es hora de que caiga el telón sobre la farsa.

—Pero antes de marcharse, quiero que me

conceda usted una audiencia desde el trono que un día será suyo.



—En esta soledad los dos parecemos un Adán y una Eva modernos en un nuevo Paraíso...

Vladimiro condujo a Raquel hasta el salón del trono.

—Venga, princesa Berta, el trono vacío abre sus brazos esperándola...

Raquel, fascinada, se sentó en el sillón regio. A sus pies, Vladimiro susurraba apasionadamente:

—Cuando pasó el encanto de aquella noche de París, llegué a creer que usted era la figura quimérica de un sueño... pero luego la vi de nuevo, la sentí vivir en mis brazos, y el sueño se hizo realidad...

Raquel imploró resistiendo heroicamente a la dulzura de las palabras del hombre que ya empezaba a amar:

—¡Oh, por Dios, compéndame! ¡Aunque sea verdad que mi alma bebe sus palabras... yo no *puedo*, no *debo* escucharle!

Recordó la carta de Berta de Oluf, y se venció pensando resueltamente:

—¡No! ¡No! Traicionar a Berta, jamás!

Y para sustraerse a la tentación de caer en brazos del amado, Raquel pensó en precipitar su fuga.

Entretanto, el duque de Wortz declaraba en su gabinete secreto, a sus oficiales:

—Si la princesa Berta llega a casarse con el príncipe, la paz del país no está segura... Es necesario que quitemos de en medio ese estorbo esta misma noche.

Y cuando Raquel, disfrazada con uno de los uniformes del príncipe se deslizaba por los amplios corredores después de haber franqueado la puerta secreta del despacho del duque,

éste la reconocía y la arrojaba a uno de los calabozos del sótano.

La respuesta del oficial enviado por Vladimiro en busca de su adorada, inquieto por su desaparición, sorprendió y angustió profundamente a éste:

—La princesa no está en el palacio, alteza.

Vladimiro, enloquecido, desesperado, corrió a informarse por el duque. Este le recibió firme, casi agresivo. El príncipe temió el fanatismo del leal patriota y gritó:

—¿Qué ha hecho usted, duque? ¿Dónde está la princesa?

Raquel oyó la voz amada a través del portalón de su encierro y llamó con todas sus fuerzas:

—¡Vladimiro!... ¡Vladimiro!

Este abrió el calabozo rápidamente y recogió en sus brazos el cuerpo exhausto de Raquel.

—¡Aunque el trono de Prebiloff sea el precio, yo no me separaré de ti, mi princesa!

—¡No! ¡Imposible, imposible, alteza! Debemos pensar también en la felicidad de los demás! —gimió la joven, dolorosamente, rehuendo el abrazo del príncipe.

—Pero, ¿quién puede separarnos, ahora?... ¡Yo te amo, te amo! ¡Esta es la única razón que debemos escuchar!

—¡No, de ningún modo! ¡Yo tengo una promesa que cumplir y la cumpliré, aunque sangre mi corazón!

La noche aumentó la tribulación de Raquel,

colocada entre el dilema del amor y la amistad.



—Aunque el trono de Prebiloff sea el precio, yo no me separaré de ti, ¡mi princesa!

La hermana Laura la sacó de sus meditaciones, anunciando:

—El príncipe desea recibir en audiencia a su alteza.

—Acudiré, hermana... Quizás se compadecerá de mis sufrimientos y me permitirá ir a Karelliffe.

Y en Karelliffe, el capitán Janesc declaraba a la verdadera princesa de Kosnia que había sido imposible hallar las huellas de la señorita Dowly.

—Pero se dice en el valle que una señorita extranjera ha sido recogida cerca de Standorf por el príncipe Vladimiro.

Y mientras Berta, llena de alegría se disponía a partir hacia el palacio del soberano de Prebiloff en busca de su amiga, ésta se vestía con las galas que le presentaba la hermana para acudir a la audiencia del príncipe.

Pero Raquel hubo de rechazar un manto real de armiño que le ofrecía la religiosa.

—El príncipe Vladimiro ordenó especialmente que se cubriese su alteza con este manto... Es una antigua costumbre palatina.

Ataviada como una reina salió Raquel de la estancia. En una sala, rodeado de caballeros vestidos de uniformes de gala, la esperaba Vladimiro, y de su brazo atravesó muchos salones donde se prolongaba la acera y rutilante fila de los guardias.

Por fin se abrieron unas puertas de bronce y Raquel, unida a Vladimiro, penetró en la capilla. Toda la corte de oficiales aguardaba solemnemente, y un pontífice se inclinó

ante la joven y le dirigió la pregunta de ritual para el matrimonio. A su lado, Vladimiro sonreía anhelante y emocionado.

Raquel se desasíó de su brazo y gritó encolerizada:

—¡Esto, si no una farsa, es un atropello!
Y salió precipitadamente de la capilla.

Cuando Vladimiro llegó tras ella a sus habitaciones, Raquel se disponía a marcharse.

—Perdón, señora... Sólo la creencia de que su amor igualaba al mío, me impulsó a recurrir a ese ardid para precipitar la boda...

—¡Oh, no me hable, no me diga nada, se lo ruego! ¡Ya he llegado a confundir las palabras voluntad y deber!... ¡Sólo le pido que me deje salir de aquí!

—Como usted guste, princesa.

Y aquella noche, ¡al fin!, Raquel pudo llegar al castillo de su amiga. Pero los centinelas manifestaron al *chófer* que órdenes terminantes prohibían la entrada a nadie aquella noche.

Raquel decidió dar vueltas en el coche hasta el amanecer, alrededor del castillo, esperando la hora de poder correr a echarse en brazos de su amiga.

En el palacio de Prebiloff, un criado anunciaba a Vladimiro:

—La princesa de Kosnia solicita ser inmediatamente recibida.

Vladimiro resplandeció de ilusión esperando ver de nuevo a su adorada. Pero la que

penetró en la sala no era su princesa. Era una joven delgada y majestuosa que dijo sencillamente:



—¡Esto, si no una farsa, es un atropello!

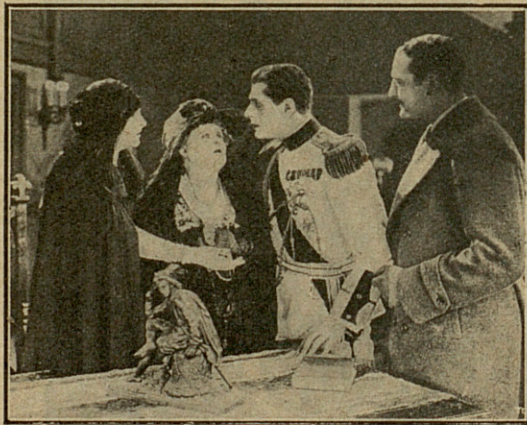
—Yo soy la princesa Berta de Oluf.

El príncipe, comprendiendo al fin, no acataba a responder.

—¿Qué sucede, príncipe?... ¿No está aquí la señorita Dowly?

—Señora — balbució Vladimiro, conster-nado—, he sido víctima de una tremenda confusión...

Y explicó acto seguido a la princesa y a



—Señores míos, me perdonarán ustedes, pero yo amo a esa señorita...

la señora Dowly la equivocación que había sufrido.

—Felizmente — concluyó—, ella podrá dormir esta noche tranquilamente en Kare-liffe.

—¡Pero no podrá entrar! ¡Yo he dado or-

den a la guardia de no dejar entrar a nadie bajo ningún pretexto!

Inmediatamente se precipitaron todos en busca de Raquel, pero Vladimiro dijo:

—Señores míos, me perdonarán ustedes, pero yo amo a esa señorita y por lo tanto, tengo el derecho de seguirla antes que nadie.

Y en la noche, el príncipe partió en busca de la mujer que amaba, para ganarla o para perderla, en una jugada decisiva.

Por la carretera, Raquel divisó el *auto* de Vladimiro que corría en dirección al castillo, y llamó:

—¡Vladimiro!... ¡Vladimiro!

El príncipe reconoció la voz querida, y saltando de su coche al de Raquel, la abrazó estrechamente y le dijo:

—¡Raquel... mi Raquel! ¡Te amo y quiero que seas mi esposa! ¡Nada se opone a nuestro amor! ¡La princesa Berta es la primera que verá con buenos ojos nuestra unión, porque sólo así podrá realizar la suya!...

Y Raquel, viendo cumplida ya su misión, que había llevado a cabo sin sospecharlo, se abandonó dichosa al amor de su príncipe, mientras el *auto* los conducía al castillo del que pronto sería la soberana.

FIN

Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
DOROTHY PHILLIPS

Próximo número:
SU ÚNICO AMOR

por Clara Bow, Donald Keith,
Lou Tellegen, Alice Mills, etc.

Postal-regalo : EDWARD CONNELLY

LA NOVELA FEMENINA CINEMATOGRAFICA
Sale todos los viernes Precio: 30 céntimos

COMPRE USTED

las dos preciosas novelas

Z A Z A

por GLORIA SWANSON

libro 12 de las EDICIONES ESPECIALES de
La Novela Semanal Cinematográfica

Y

TODOS ACABAN CASANDOSE

por OSSIE OSWALDA y WILLY FRITSCH

libro 84 de la BIBLIOTECA Los Grandes Films de
La Novela Semanal Cinematográfica


A los Lectores

PIDA en todos los puntos de
venta de España y a todos
los Corresponsales, los números
que le falten para tener comple-
tas las colecciones de las publi-
caciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

 Le interesa tener stocks de todos los
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

**Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios**

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta impresor. - Barcelona